

Gn 2: UN TEXTO QUE REVELA QUÉ ES EL HOMBRE

En el artículo anterior, se expuso la idea de que los textos míticos narrados en Gn 1-3 podían servirnos en nuestra pastoral a la hora de dar respuestas a las preguntas sobre el sentido de la vida.

En el presente artículo se expondrá cómo el texto Gn 2 nos da unas claves para comprender qué es el hombre, y la relación de este con Dios y el mundo.

Hay quien ha dicho, creo que de manera acertada, que la Biblia más que un tratado sobre cómo es Dios nos dice cuál es la idea que Dios tiene del hombre. Es decir, en el texto sagrado podemos encontrar la respuesta a la gran pregunta ¿Quién soy yo? contestada desde el punto de vista del que me creó. Y en estos textos de Gn 1-3 encontramos el prólogo de una respuesta que abarca toda la historia de salvación del género humano.

COMENCEMOS POR EL PRINCIPIO: LA FORMACIÓN DEL PRIMER HOMBRE Y LA PRIMERA MUJER

Comenzaremos comentando el texto de Gn 2. En primer lugar, un contrasentido: parece que si queremos empezar por el principio, el primer texto debería ser Gn 1 pero esto no es así porque, como ya dijimos, este se escribió varios siglos después.

El texto, en apariencia es muy sencillo. Pero sólo en apariencia, no nos engañemos. Una lectura rápida nos da a conocer cómo Dios después de hacer la tierra, y antes de que hubiera vegetación, tomó polvo del suelo, modeló al hombre e insufló sobre este el aliento de vida. A continuación plantó el Jardín de Edén y colocó al hombre que había formado para que labrara y cuidara dicho Jardín. Sólo puso Dios a su criatura una condición: *“podrás comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás”*; y una advertencia: *“porque el día que comieres de él, morirás sin remedio”*.

El texto pasa a contarnos cómo Dios se da cuenta que el hombre está solo –no tiene compañía –y decide darle una “ayuda adecuada”. Forma del suelo a todos los animales y se los presenta al hombre para que este les pusiera nombre. Pero observa que el hombre continuaba encontrándose solo.

Finalmente, Dios decide formar una mujer. Pero para ello no coge polvo de la tierra, sino que sume al hombre en un profundo sueño, le toma una

costilla y de ella moldea a la mujer. Al despertar el hombre ve a la mujer y exclama *“Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne”*.

Por último, el texto concluye diciendo que el hombre y la mujer estaban desnudos y no se avergonzaban el uno del otro.

Hasta aquí podemos juzgar que es un relato ingenuo sobre la aparición del primer hombre y mujer en la Tierra. Nada de lo que se cuenta coincide con las conclusiones científicas a las que hemos llegado con nuestros métodos de investigación: formación del hombre directamente del polvo del suelo; el hombre aparece antes que las plantas y los animales; formación de la mujer a partir de una costilla del varón (datos que chocan frontalmente con lo que sabemos sobre evolución biológica). Por otro lado, encontramos la prohibición expresa de probar un fruto determinado (¿no todo lo creado por Dios es bueno? ¿entonces, por qué no se puede tomar algo bueno?)

Realmente, si lo que el autor sagrado hubiera querido transmitirnos es cómo aparecieron en el mundo el primer hombre y mujer el texto que estamos comentando no tendría ningún interés para nosotros ya que toda esta visión antropológica está ampliamente superada por nuestros conocimientos científicos.

Pero el texto no pretende esto. Lo que se quiere en realidad con esta historia, en apariencia ingenua, es responder a la pregunta ¿Qué es el hombre?

Ahora, para responder a este gran interrogante sí debemos hacer una lectura detenida y profunda del texto que nos va a revelar muchas claves teológicas para comprender quiénes somos y nuestra relación con el mundo.

UNA LECTURA ATENTA DEL TEXTO. ESTRUCTURA LITERARIA

En primer lugar, a la hora de analizar el texto, debemos tener en cuenta cómo era la mentalidad de los pueblos semitas diez siglos antes de Cristo. Estos, a la hora de expresarse tanto de forma oral como escrita, no utilizaban un lenguaje abstracto como el nuestro. Su lenguaje es mucho más simbólico, lleno de metáforas y alegorías para expresar pensamientos complejos. Para ellos, lo importante no es la realidad o historicidad del hecho en sí, sino lo que representa y quiere significar.

El autor de Gn 2 quería explicar que el hombre es un ser formado directamente por Dios, diferente en esencia a todo el mundo que le rodea, pero –por otro lado– conserva una relación de pertenencia a ese mundo; es decir, no es un ser extraño al universo material. Por otro lado, quiere explicar cuál es la relación que se establece originariamente entre el hombre y la mujer, por qué se atraen tanto y qué sentido tiene la pareja humana. Finalmente, intenta explicar cuál es la relación que tienen el ser humano con el mundo que le rodea. Para dar respuesta a todos estos interrogantes elabora este relato

mítico lleno de símbolos que intentan explicar hechos que trascienden al propio hombre.

Estructura literaria del texto

- Gn 2,4b: “El día en que Yahvé-Dios hizo la tierra y el cielo”. Constituiría el título del relato.
- Gn 2, 5-7: Descripción de la tierra antes de la aparición del hombre y formación de este a partir del polvo de la tierra.
- Gn 2, 8-9: Dios planta un Jardín en Edén y coloca en él al hombre. Hace brotar los árboles. Planta en medio del Jardín el “árbol de la ciencia del bien y del mal”
- Gn 2, 10-14: Se interrumpe el relato para hacer una descripción y localización geográfica del Jardín de Edén
- Gn 2, 15-17: Se vuelve a retomar el relato. Dios deja al hombre en el Jardín para que lo labre y cuide. A continuación le da el mandato de no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal.
- Gn 2, 18-20: Dios se da cuenta que el hombre se encuentra solo en el Jardín y decide formar a los animales de la propia tierra que antes había moldeado al ser humano, pero con la diferencia que a estos no les insufla ningún aliento. Presenta al hombre los animales y este les pone nombre. Pero, en el fondo, continúa sintiéndose solo.
- Gn 2, 21-23: Dios sume en un profundo sueño al hombre, toma de él una costilla y con ella forma a la mujer. Al despertar el hombre se la presenta y este la reconoce como su semejante. Acaba con el detalle de que ambos andaban desnudos y no sentían vergüenza uno del otro.

RESPUESTA A LAS PREGUNTAS FUNDAMENTALES REFERENTES A QUÉ ES EL HOMBRE Y SU RELACIÓN CON EL MUNDO Y CON DIOS A PARTIR DE GN 2

¿Qué es el hombre?

¿Qué es el hombre?, en definitiva: ¿Quién soy yo?, ¿Por qué existo? En otras palabras: ¿Soy un ser absoluto o mi existencia se debe a alguien? Estas son las primeras preguntas que nos planteamos y deseamos responder.

Muchas respuestas se pueden dar a estas preguntas. La Biblia, en su texto de Gn 2 nos ofrece una. Aceptarla o no depende de nosotros (somos libres); pero según qué respuesta demos a estas cuestiones nuestra vida

tendrá un sentido u otro y afrontaremos nuestra existencia de una u otra manera.

El texto que estamos analizando es claro. El hombre –yo –es un ser formado directamente por Dios a partir del polvo de la tierra. Es decir, no somos seres ajenos al mundo sino que pertenecemos a él. Esto nos habla de las limitaciones que como seres materiales tenemos y debemos aceptar humildemente, porque pertenece a nuestra propia naturaleza. Todo nuestro ser es limitado, incluso nuestra libertad. Pero, por paradójico que pueda parecer, aceptar esta limitación es lo que nos va a permitir crecer humanamente hasta cotas insospechadas.

En catequesis, en las clases de religión o en conversaciones con jóvenes muchas veces sale la cuestión de la libertad del hombre. Se concibe esta como la capacidad de elegir lo que se desea sin tener en cuenta ninguna limitación, salvo que nuestra libertad no interfiera con los derechos de los demás. Pero Gn 2 nos viene a recordar que somos seres materiales, corpóreos, con todas las consecuencias que de ello se deriva: sometidos a las leyes físicas y biológicas no podemos hacer lo que nuestra propia naturaleza no nos permite. Esto no significa que estemos “determinados” genética o físicamente. Significa que físicamente estamos “limitados”; y en consecuencia, nuestra libertad también es limitada. Los jóvenes deben tener clara esta idea porque tarde o temprano con el paso de los años irán dándose cuenta de las limitaciones que irán teniendo y deberán asumirlas sin desesperación y sin estar continuamente añorando un pasado en el que vivían mejor porque eran capaces de hacer más cosas o simplemente porque eran más fuertes. Esta es una idea muy importante, sobre todo en una sociedad en la que se minusvalora a las personas mayores –sobre todo en el mundo laboral –simplemente porque no tienen las energías de los jóvenes.

A continuación el texto dice que *“Dios insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente”*. Son muy importantes estas últimas seis palabras. Indican claramente que el hombre no comenzó a existir, a vivir, hasta que Dios le insufla el aliento de vida. Este aliento no es necesario para dar vida a los animales también formados del polvo como el hombre (v. 19); es decir, si el hombre no hubiera recibido este aliento divino podría ser un animal más. Pero el texto lo dice claramente: el hombre sólo comienza a vivir cuando recibe este aliento; en otras palabras, no existe ningún hombre que en su ser no tenga este aliento divino que le hace ser “ser humano”.

Hoy día nuestros jóvenes plantean preguntas del tipo ¿por qué los animales no van a tener derechos? ¿los animales tienen sentimientos como nosotros? ¿piensan?... Todas estas cuestiones tienen una visión antropológica de fondo: el hombre, en definitiva, es el producto final de una simple evolución biológica, con diferencias cuantitativas respecto de los animales, pero no con diferencias cualitativas; es decir, el hombre simplemente es un animal más evolucionado, pero no radicalmente diferente de estos.

El texto de Gn 2 es claro al exponer su visión antropológica: el hombre – yo –no es “sólo” el resultado final de una evolución biológica, sino que lleva en

su ser algo que ningún viviente de la Tierra tiene, un plus de vida que le hace infinitamente superior al resto de los animales: el propio aliento de Dios que lo vivifica. Teniendo en cuenta este “pequeño” detalle, no podemos hablar de derechos, sentimientos pensamientos... de los animales en comparación con los derechos, sentimientos, pensamientos...humanos. En definitiva: el hombre no es “un viviente más” en el mundo, sino que es “el viviente”, y esto por una decisión personal del mismo Dios.

¿Qué relación hay entre el hombre y la mujer?

Otra enseñanza que encontramos en Gn 2 es la que da respuesta a la pregunta sobre la relación que hay entre varones y mujeres: ¿son iguales o distintos?, ¿por qué la atracción entre los sexos opuestos? ¿qué sentido tiene la unión entre un hombre y una mujer?

Las respuestas a estas preguntas nos vienen dadas bajo el ropaje literario de la escena en la que Dios sume en un profundo sueño al hombre, le coge una costilla y de ella forma a la mujer. Evidentemente esto es una fábula, un mito. Históricamente es difícil que esto ocurriera de esta manera. Con los conocimientos científicos que tenemos hoy en día es imposible hacer concordar este relato con lo que sabemos sobre la evolución biológica. Pero es que la enseñanza bíblica no pretende darnos una clase de biología, sino que quiere enseñarnos otras cosas que necesitamos conocer para comprendernos a nosotros mismos. Veamos.

Los versículos, 21-23 narran el famoso pasaje de la toma de la costilla del hombre y la formación de la mujer. En principio, parece una manera muy ingenua de explicar algo tan importante como la relación de igualdad entre los miembros de los dos sexos. Este asunto “de la costilla” es uno de los que más quebraderos de cabeza nos produce a la hora de explicar a los jóvenes el sentido de este pasaje bíblico, porque lo absurdo –en principio –del relato da pie a eliminar toda la profundidad teológica que pueda tener. Pero debemos hacer un esfuerzo intelectual y ver qué quiere decir realmente el texto.

En el versículo 21 se nos cuenta que Dios hizo caer al hombre en un profundo sueño. El sueño es un elemento simbólico muy importante en la Biblia. Los sueños son lugares especiales donde Dios se comunica con los hombres: en visiones le dice a Abraham que será padre de una gran descendencia; en sueños Dios comunica a Jacob que le daría a él y a su descendencia la Tierra Prometida; también en sueños llamó Yahvé a Samuel; san José también recibió en sueños el mandato de Dios para que aceptara a María como esposa. En este contexto, el sueño del primer hombre de la humanidad también se enmarca dentro de lo que va a ser una importante intervención divina.

La cuestión de “la costilla” es más difícil de encajar en la explicación. Pero tiene su lógica si intentamos pensar con las claves simbólicas y metafóricas con las que los escritores de estos capítulos del Génesis se expresaban. En primer lugar, lo que intentaban explicar es que el hombre y la mujer son

semejantes, iguales en dignidad. Esto sólo puede ser así si tienen un origen común porque si fuera de otra forma cabría pensar que uno es superior a otro.

Que Dios tome una costilla del hombre es muy significativo. El hecho de tomar una parte del hombre para hacer a la mujer significa que esta está hecha de la misma naturaleza que el hombre; es decir, todo lo que es el hombre en sí: polvo tomado de la tierra sobre el que se insufla el aliento divino, también lo es la mujer. En otras palabras, la mujer posee la misma dignidad que el hombre como criatura formada directamente por Dios. Pero ¿qué significado tiene en concreto la costilla? ¿por qué no toma otra parte del cuerpo del hombre? Posiblemente la respuesta a estas preguntas esté en el significado simbólico que el escritor de Gn 2 encuentra en esta.

Si Dios hubiese tomado una parte de la cabeza del hombre para formar a la mujer la interpretación podría ser que ésta, al ser formada después y de una parte alta es un ser superior al hombre. Si, por el contrario, hubiera sido formada de un pie, la significación sería que la mujer es inferior y podría ser pisoteada por el hombre. Sin embargo, al formarla de la costilla, que está en el medio del cuerpo y cerca del corazón, el autor del texto nos viene a decir que la mujer está hecha para caminar a la par del varón y ser amada por este. Como puede observarse, es una forma simbólica y poética de decir que varón y mujer son iguales en dignidad y están hechos para caminar juntos en la vida y amarse mutuamente.

Lo cierto es que nuestros jóvenes podrán tomar a broma el asunto de la costilla. Pero es verdad, que ninguno de ellos podrá poner ninguna objeción a la explicación teológica-antropológica que se acaba de exponer. En conclusión, la parte material del relato (tomó una costilla del hombre) se toma como un símbolo; pero la significación de que Dios cuando hizo a la mujer la concibió en un plano de igualdad con hombre es un dato objetivo y real que no se puede poner en duda.

El siguiente versículo, Gn 2,23, cuenta cómo el hombre reconoce a la mujer como un igual. Es una conclusión lógica de lo comentado anteriormente. Además, un detalle muy importante, al reconocer a la mujer como parte de su ser se está reconociendo a sí mismo. Si antes –versículos 18-20 –hemos visto que el hombre no encuentra en la compañía de los animales ninguno que le respondiera a la pregunta ¿Quién soy?, ahora, a la vista de la mujer, el hombre comienza a comprenderse a sí mismo. En otras palabras, la mujer es el complemento que el hombre necesita para ser un ser pleno; y viceversa, la mujer no se entiende a sí misma sin el varón.

El versículo 24 es una reflexión que hace el autor del texto como consecuencia de esta igualdad que hay entre hombre y mujer. La atracción entre ellos es tan fuerte que el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a la mujer formando una sola carne. Esto también explica esta unión –matrimonio –como una institución de origen divino, y no únicamente un pacto entre hombres y mujeres que tiene su origen en la sociedad.

A este respecto –cuando estemos comentando este versículo en catequesis-, se podría comentar el pasaje de Mt 19, 3-6 cuando los fariseos le hacen una pregunta sobre la legitimidad del divorcio Jesús les responde con este versículo de Gn 2,24. Jesús está diciendo con estas palabras que, en el principio, en los planes originales de Dios al crear al hombre y a la mujer, su idea era que estos vivieran en armonía, queriéndose durante toda la vida. Luego el pecado del hombre y la mujer trastocaría estos planes.

Finalmente, el capítulo finaliza aportando el dato de que ambos estaban desnudos en el Jardín, *“pero no se avergonzaban el uno del otro”*. Este “no avergonzarse” significa que entre el hombre y la mujer no había ninguna discordia, no tenían motivos de enfrentamiento, nadie dominaba sobre nadie: eran semejantes en dignidad y reinaba la paz y el amor entre ellos. En conclusión: esta era la idea, el plan que tenía Dios para el hombre y la mujer desde el principio de los tiempos.

¿Cómo es la relación entre Dios y el hombre?

Gn 2 también nos habla de la relación entre Dios y el hombre desde el principio de los tiempos. Una relación que rompió el pecado (como veremos al comentar Gn 3) pero que Dios está siempre deseoso de restaurar.

Ya hemos comentado con anterioridad que el hombre fue formado por Dios con polvo de la tierra al que insufla su aliento divino. Esto significa que la relación del hombre con Dios es especial, radicalmente diferente a las demás criaturas.

El hombre, todo hombre, posee en sí un principio superior que le confieren una dignidad de origen sagrado; y por tanto inviolable por otros hombres. Esta dignidad intrínseca no se puede perder nunca. Actúe el hombre como actúe la mantendrá siempre.

Pero, en ¿qué consiste esta dignidad? El texto no lo aclara. A lo largo de los diferentes libros del AT se va desvelando poco a poco, aunque no se especifica claramente. La respuesta definitiva la dará Jesucristo al revelarnos que somos hijos del Padre y que este nos quiere con amor infinito: este es el sentido de nuestra dignidad humana.

En nuestra sociedad está muy extendida la idea que los derechos del hombre, es decir, su dignidad, tiene su origen en una convección social: Los Derechos Humanos. La conclusión lógica de este razonamiento es que si esto fuera así, estos derechos podrían cambiar si los hombres estuvieran de acuerdo por mayoría en hacerlo. Pensar de esta manera es muy peligroso porque es poner el primer escalón para llegar a promulgar leyes que hoy día nos parecerían totalmente injustas y contra el derecho natural de las personas. Por ejemplo, imaginemos una ley votada por mayoría absoluta que promulgase la obligatoriedad de donar un órgano no esencial para la vida (un riñón, una córnea...) al llegar a cierta edad para ayudar así a una persona joven que lo necesitase): en teoría, podríamos llegar a esta situación.

En texto de Gn 2, con ese “pequeño detalle” de decir que el hombre tiene parte de aliento divino en su constitución personal está poniendo las bases para afirmar con rotundidad que todas las personas tienen una dignidad y unos derechos que ningún hombre –ni siquiera la sociedad –puede anular porque son de origen divino.

Otro aspecto importante que narra este texto es el que hace referencia al asunto de la libertad del hombre y su relación con Dios. Anteriormente, cuando hemos respondido a la pregunta *¿Qué es el hombre?* Hacíamos referencia a la libertad humana y comentábamos que esta tiene limitaciones porque el propio hombre es un ser material que está sometido a las leyes físicas. Pero la cuestión de si somos o no libres y en qué consiste la libertad no se responde únicamente aludiendo a nuestra condición de seres corpóreos.

En el versículo Gn 2, 16-17 se observa cómo Dios planta en medio del Jardín un árbol que llama “de la ciencia del bien y del mal” y le impone al hombre el mandato de no comer de él. De esta manera nace la libertad humana: el hombre puede escoger entre comer o no comer, es decir, obedecer el plan de Dios o no someterse a él. Es decir, nuestra libertad tiene su origen en el mismo plan que Dios tiene para el hombre.

Libertad, un término tan difícil de concretar –sobre todo en nuestras discusiones con los jóvenes –La libertad presupone una capacidad de elegir entre varias opciones. Estas pueden ser todas legítimas o puede haber algunas que no lo sean. Poder elegir, también supone responsabilidad: no es lo mismo elegir una cosa u otra.

El mandato que Dios da al hombre en Gn 2,16-17 no hay que interpretarlo como una prueba, una restricción o una trampa que se le impone al hombre recién formado. Esta orden representa la libertad que el hombre tiene de seguir o no los planes de Dios. El ser humano debe darse cuenta que por su propia naturaleza es un ser limitado; esto le debe hacer reflexionar sobre su condición de criatura y su relación con el Creador.

La verdad es que no sabemos en concreto a qué se refiere este mandamiento. Pero básicamente se podría decir que el hombre debe –si desea ser plenamente feliz –fiarse por completo de los planes de Dios, no pretender tomar para sí atribuciones divinas (como decidir lo que está bien y lo que está mal), y ,sobre todo, estar siempre dispuesto a aceptar el amor de Dios.

Otro aspecto importante que Gn 2 nos hace ver acerca de la relación de Dios con el hombre es que Dios siempre está preocupado por el bienestar de este: una vez que le ha dado vida hace un Jardín preciosos para que lo habite; al verlo solo, le hace los animales para que le hagan compañía; cuando el hombre sigue sin encontrar alguien que lo haga realmente feliz, le da como complemento a la mujer. Dios siempre, a lo largo de toda la historia de la salvación se irá mostrando como un ser lleno de cariño con los hombres y dispuesto a acogerlos y ayudarlos siempre y cuando estos deseen tener este

amor y ayuda. Si el hombre no desea ser amado y ayudado por Dios, el Señor siempre respetará la elección libre del hombre.

¿Cómo debe ser la relación del hombre con la naturaleza?

Gn 2 también nos aporta las claves para entender cómo debe ser la relación del hombre con la Naturaleza, es decir, con el resto de las criaturas creadas.

El versículo 5 dice claramente que la tierra no había producido nada porque aún no había llovido, *“ni había hombre que labrara el suelo”*. Posteriormente, el versículo 16 vuelve otra vez a esta idea: *“Tomó, pues, Yahvé al hombre y lo dejó en el Jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase”*. La enseñanza es muy clara: Dios desea que el hombre participe en el desarrollo y la protección de su obra creadora. El hombre, en sí mismo, ordenado según el plan de Dios, no es un peligro para el mundo con su actividad.

Es importante tener en cuenta lo dicho en el párrafo anterior, porque en el pensamiento actual hay una corriente que defiende la idea que el hombre es un peligro para naturaleza; un ser que con su actividad destruye el entorno natural en que se desarrolla. Es verdad que una actividad desordenada del ser humano degrada el medio ambiente y pone en peligro la vida sobre la Tierra, y contra esta actividad debemos protestar y advertir que es un pecado contra la obra creadora de Dios. La Naturaleza nos revela la obra amorosa del Creador y degradarla supone una gran limitación a la hora de comprender lo que Dios desea revelarnos a través de ella. La creación nos habla de orden, de belleza y refleja el amor y la providencia que el Señor tiene con sus criaturas, y en especial con el hombre. Por eso es obligación nuestra conservarla y cuidarla con esmero.

Dicho esto, los versículos antes citados (5 y 18) nos dan pie a tratar el tema de la responsabilidad del hombre al utilizar los recursos naturales, a la vez que educamos a los chicos en el cuidado y protección de la Naturaleza. Pero este cuidado no debe tener su origen en una idea romántica de proteger un entorno bello, sino que se debe fundamentar en el plan original de Dios para el hombre: que este “labre y cuide el Jardín de Edén”, es decir, que colabore con Él en la obra creadora del mundo.

Por otro lado, el relato plantea otra cuestión muy importante: la relación del hombre con los animales. ¿Animales y hombres estamos en un plano de igualdad? Veamos qué dice el texto:

En Gn 2,18-20 se nos narra cómo Dios se da cuenta que el hombre está solo en el Jardín; nota que algo le falta a su criatura. Entonces decide formar del polvo de la tierra a los animales del campo y a las aves del cielo (pero recordemos: a ellos no les insufla su aliento) A continuación, se los presenta al hombre y este les va poniendo nombre. “Poner nombre” en el lenguaje bíblico viene a significar tener un dominio sobre la cosa nombrada, es decir, conocerla

y dominarla. Este dominio no debemos entenderlo como aprovechamiento egoísta de las cosas, sino que estas están al servicio correcto, generoso y ordenado de las necesidades del hombre. Pero el hombre –sigue la narración – *no encontró para sí ninguna ayuda adecuada*, es decir, ningún ser que fuese semejante a él.

En catequesis y clases de religión muchas veces se nos plantea la cuestión de la relación que debemos tener con los animales. Muchas veces constatamos con tristeza cómo hay personas que prefieren la compañía de un animal, una mascota, a la de otras personas; incluso jocosamente se llega a decir la famosa frase *el mejor amigo de un hombre es su perro*. Este pasaje bíblico nos pone las cosas en su sitio. Los animales no son un igual al hombre ni en el terreno del conocimiento ni en el de los sentimientos. El hombre no puede encontrar una compañía que lo plenifique en los animales. A estos les debemos el respeto que les viene de ser criaturas de Dios y por tanto elementos que nos ayudan a comprender la labor creadora amorosa del Creador; pero no son nuestros iguales. El hombre rodeado de animales se sigue encontrando solo; los animales no me pueden dar la respuesta a la pregunta de ¿Quién soy yo?

CONCLUSIÓN

A modo de conclusión de todo lo expuesto, hay que decir que está claro que el texto de Gn 2 nos da unas claves certeras para dar respuesta a una serie de preguntas sobre el sentido de la vida que tienen todos los hombres: ¿Quién soy yo? ¿De dónde provengo? ¿hombres y mujeres están hechos para amarse? ¿De dónde procede mi dignidad personal y mi libertad? ¿Cómo debo comportarme con mi entorno natural?

El texto emplea un ropaje literario perteneciente a un mundo semita de hace 3.000 años, lleno de símbolos y alegorías, con una plasticidad que choca con nuestra sensibilidad. Nosotros estamos acostumbrados a usar este lenguaje en poesía para expresar sensaciones y sentimientos, pero no para transmitir datos científicos o ideas filosóficas, y por eso nos es difícil entender plenamente el sentido profundo del relato bíblico. No obstante, debemos superar esta dificultad inicial y pensar que el texto está cargado de ideas teológicas y filosóficas que tenemos que entresacar del mismo.

Sería un error presentar Gn 2 como un texto mitológico que sólo expresa ideas muy sencillas para hombres que tenían un conocimiento muy limitado de la realidad en que vivían.

En catequesis deberíamos profundizar en las enseñanzas que se desprenden de Gn 2, sobre todo para entender cuál es el plan original de Dios para el hombre; es decir, para comprender qué idea tiene Dios de nosotros. Sólo de esta manera podremos resolver el interrogante de ¿Quién soy yo? Pero no debemos olvidar que esto es sólo el pórtico de la respuesta. La pregunta quedará definitivamente resuelta con la revelación que nos hizo

Jesucristo al comunicarnos que nuestra esencia es ser hijos de Dios, creados por amor, y por amor salvados.